


Lluïcia Ramis

¿Quién quiere ser inmortal?

Siempre he querido vivir hasta los ciento veinte años. Pero últimamente lo he pensado mejor, y me parece demasiado poco. Ahora espero llegar a los ciento cuarenta. En plenas facultades, se entiende. La inmortalidad es un rollo. Las inversiones tecnológicas más potentes están orientadas a alcanzarla. Sin embargo, como recuerda Yuval Noah Harari, si fuéramos inmortales, no viviríamos. Es decir: tendríamos miedo de salir a la calle, porque en el caso de que nos atropellaran, por ejemplo, no sólo perderíamos la vida, sino toda la eternidad. Estaríamos tan ocupados en conservarnos, que no nos arriesgaríamos a perdernos, lo que haría que, paradójicamente, nos perdiéramos un montón de cosas. Reprimiríamos el deseo; creeríamos que no podemos permitirnoslo, dado que el precio de lo que podría ocurrir (tanto si lo cumpliéramos como si no) es inasumible. Durante las vacaciones acumulamos experiencias porque sabemos que se acaban y hay que aprovechar. Pues lo contrario.

Llega un día en el que tomas conciencia de tu lugar en el tiempo. Esto suele desembocar en la llamada crisis de los

Por impulso, quieres volver a ser joven; hasta que lo piensas, y te dices: ¿seguro?

cuarenta o de la mediana edad, aunque puede suceder en cualquier momento. Publicada por Libros del Asteroide, *En mitad de la vida* es, según el subtítulo, “una guía filosófica” de Kieran Setiya que analiza esta crisis, si no para superarla, al menos para entenderla. El mal de muchos es un consuelo eficaz. El libro está lleno de observaciones interesantes, pero me detengo en una.

Nuestra existencia es una breve interrupción en un infinito de nada. Lo que hubo antes de que nacióramos nos resulta indiferente, pero nos aterroriza ese después sin nosotros. ¿Por qué, si el vacío es el mismo? En realidad, no es tanto que queramos ser longevos como que aspiremos a seguir proyectándonos indefinidamente. ¿Prefieres estar en tu primer día de vacaciones, aunque sólo tengas dos semanas libres, o en el penúltimo tras dos meses enteros (aburrimiento aparte)? Si apareciera el dios del destino y dijera: “La fecha de tu muerte es inamovible, ocurrirá en el 2080, pero puedes cambiar la de tu nacimiento hasta 1940, y vivir así los ciento cuarenta años que deseas”. Eso implicaría estar a punto de cumplir ochenta. Implicaría haber presenciado la posguerra, la Segunda Guerra Mundial, el franquismo y un montón de cosas que sólo conozco de oídas o he leído.

Somos nuestro pasado, pero preferimos tener futuro. Preferimos llegar a ser, antes que reconocer lo que hemos sido y seguimos siendo. Por impulso, quieres volver a ser joven. Hasta que lo piensas, y te dices: ¿seguro? Para ello tendrías que prescindir de buena parte de lo que has vivido, todos esos años sin internet que hacen que seamos la última generación con una nostalgia no virtual, de juguetes y espacios físicos. No sé. Lo mejor de las crisis es que, aunque parezca que no, entiendes cómo mola vivirlas. ●